

843.89  
4  
LOS PROYECTOS DE ISABEL,

Novela escrita en francés

XIX  
1299  
POR

MIGUEL AUBRAY,

Y TRADUCIDA

por D. M. M. de Z



SEVILLA 1879.

Imp. y Lib. de los Sres. A. Izquierdo y sob.  
Francos, 60 y 62.

R. 1.570 (6)

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1904

MICHAEL A. J. JONES

1904

NOT A MEMBER

1904

NOT A MEMBER

1904

1904

## I.

El rio Doubs forma al rededor de la ciudad de Besançon un gran semicírculo, dividiendo por medio de él la poblacion en dos barrios muy diferentes en costumbres, hábitos y ocupaciones. La parte que puede llamarse interior está ocupada por las gentes, que tienen medios para vivir desahogadamente; la exterior está ocupada por los jornaleros y trabajadores, y es muy raro que los habitantes de la parte interior atraviesen el puente por donde se comunican los dos barrios. En el exterior solo se ven casas viejas, oscuras, de aspecto triste, cuyas fachadas están casi cubiertas de pobres ropas pendientes de cordones y flotando al aire en todos tiempos. Un poeta ha pretendido, que cuando el sol dora estos harapos y el viento los mueve, se parecen á pájaros brillantes, que mueven sus alas. No conviene privar á los poetas de sus ilusiones.

La estacion del ferro-carril está contigua á este barrio; pero no por eso lo frecuenta la gente acomodada, porque tanto los que van á la estacion, como los que salen de ella pasan rápidamente y casi siempre en carruage. Una muger elegante que atraviere aquellas calles

á pié no puede menos de llamar la atencion. Así es, que en un hermoso dia de Julio todos miraban con curiosidad á una jóven muy bien vestida, que marchaba con paso ligero, algo disgustada de ser el objeto de la atencion pública. Aunque llevaba el rostro cubierto por un velo, y su trage era sencillo, se conocia en su modo de andar y en todas sus maneras, que era una persona distinguida.

Detrás de ella iba con paso algo pesado una criada vieja, que apenas podia alcanzar á su ama. Esta siguió una calle bastante larga, entró en un zaguan oscuro, y subió por una escalera, que se hallaba en mal estado. La criada la siguió diciendo para sí:

—Si yo fuese jóven, linda y elegante como la señorita; si perteneciese como ella á la sociedad mas escogida y si tuviera una tia en vivienda tan pobre como la Sra. Vibert, no vendria á verla á vista y ciencia de todo el mundo.

Entretanto la jóven habia llamado á una puerta baja y estrecha. Una niña como de siete años vino á abrir, y viendo á la que habia llamado, dió varias palmadas gritando muy alegre:

—Mamá, mamá, es nuestra primita Isabel.

La madre acudió acompañada de varios niños, que daban saltos de alegría.

—Buenos dias, tia,—dijo Isabel abrazando á la Sra. Vibert.

Esta señora, jóven todavia, estaba vestida con decencia y limpieza, y tenia cierto aire de dignidad bastante notable, pero su rostro, pálido y triste, anunciaba la estrechez, si no la pobreza.

—Que seas bienvenida, querida niña,—dijo abrazando á su sobrina—te doy las gracias por la alegre sorpresa que nos causas.

—Pero, señora, era natural, que yo viniera á veros—respondió Isabel,—pues no vais por casa; ni tampoco Matilde. Y ¿donde está mi querida Matilde?

—Está, como acostumbra, en su habitacion trabajando—dijeron los niños—se levanta con la aurora, y desde entonces está trabajando. Venid, prima, os llevaremos á su cuarto.

—Vamos—dijo Isabel—y echó á andar, llegando á la puerta de la habitacion de Matilde, y abriéndola.

El menage de aquella habitacion era muy sencillo, pero todo estaba arreglado y limpio. Sobre la chimenea no habia espejo, ni reloj ni candelabros; solo habia dos floreros de cristal azul y un reloj de plata puesto en una cajita. Los floreros estaban llenos de flores; lindos paisajes pintados con gusto y naturalidad adornaban las paredes, y un crucifijo de marfil anunciaba la religiosidad de aquella jóven.

La mesa de trabajo, estrecha y pesada, no armonizaba con los demás muebles, pero la ocupacion á que estaba dedicada la jóven decia mucho mas de su aire distinguido y de su agradable fisonomia. Demostraba tener la misma edad que su prima Isabel, y aunque era menos linda que ella, era mas atractiva. Su dulce rostro tenia un encanto, que no podia definirse, y sus grandes ojos, de un azul oscuro, tenian un brillo penetrante aunque estuvieran velados por sus largas pestañas.

Era de estatura mediana, bien proporcionada, su sonrisa era muy graciosa y sus cabellos muy rubios.

Sentada junto á la mesa estaba vuelta de espaldas á la puerta y trabajaba con asiduidad. Sobre la mesa se veían algunos instrumentos delicados y un cristal de aumento puesto en un pié de metal. El trabajo de Matilde era el de un artesano; estaba dedicada á la relojería.

Si se cree que esta ocupacion es indigna de una persona inteligente, instruida y amante de las artes y de los trabajos científicos, no se acusará al autor ciertamente, en Besançon por lo menos, de no tener en cuenta lo que se llama el color local. En aquella ciudad, de diez jóvenes pobres, bien nacidas, bien educadas é instruidas, nueve estarán dedicadas á trabajar en la relojería, y podrán armonizar este trabajo con los cuidados y quehaceres de su casa y el estudio del piano.

Matilde no se movió por oír abrir la puerta. Entonces su prima, poniendo su dedo índice sobre los labios para indicar á los niños que guardaran silencio, se adelantó sin hacer ruido y fué á tapar con sus manos los ojos de la graciosa relojera.

—¡Isabel!— exclamó esta apretando afectuosamente los dedos puestos sobre sus párpados—¡Mi querida Isabel!

—¡Me has conocido, prima!— dijo la elegante joven.

—Sí, ángel mio, he reconocido tu voz, desde que entraste en casa.

—Y no te has molestado para recibirme, picara.

—Dispénsame, querida prima: la casa por quien trabajo, me estrecha de tal manera, que ni aun puedo suspender mi faena ahora que estás junto á mí: pero esto no nos impedirá, que hablemos cuanto quieras.

—Y mientras, te irás echando á perder la vista—observó Isabel.

—Eso es lo que yo le repito todos los dias —agregó la Sra. Vibert.

—Bien sabia yo, querida tia, que seriais de mi opinion. Decidle á esta niña que trabajando así sin descansar se quitará la vida. Pero lo que debíais hacer era mandarle, que descansara algunas veces.

—Ella no haria caso: —dijo la madre pasando la mano por la rubia cabellera de su hija— ella no me haria caso, por que es una niña rebelde y voluntariosa.

—Mamá—replicó Matilde—nunca me habeis prohibido trabajar, y verdaderamente no podriais hacerlo. ¿Como diriais—no trabajes —cuando la necesidad dice que es indispensable?

La Sra. Vibert suspiró; se sentó junto á Isabel y tomó en brazos al niño mas pequeño. Despues dijo:

—Matilde nos avergüenza; ella tiene mas valor y mas ánimo que todos nosotros. No sé lo que nos sucederia, si no tuviésemos á esta querida niña.

La linda relojera se echó á reir y dijo:

—Mamá, me vais á avergonzar, porque no me habeis acostumbrado á verme alabar delante de todos. ¿Hago yo mas que cumplir con mi deber? Cuando mis hermanos y mis

hermanitas tengan mi edad, trabajarán, como yo, y tal vez harán mas.

La Sra. Vibert echó sobre sus hijos una mirada triste, pensando en su interior, que cuando ellos tuvieran la edad de Matilde, habria pasado no poco tiempo en que su hija tendria que procurarles la subsistencia á costa de su salud, de su belleza y de su reposo.

Isabel adivinó el pensamiento de su tia, y poco faltó para que participase de su emocion; pero desechó aquella triste idea, y dijo con voz clara y alegre:

—Cuando era yo niña me dejaban parada preguntándome, qué se hacia con las lunas viejas: pero hoy me dejarían mas cavilosa, si me dijeran que explicara, qué se hacia con los millares de relojes, que se fabrican cada año en Beçanzon. No veo de qué podrán servir á menos de que se invente la moda de llevarlos en collares, como si fueran perlas. — Los venderemos á los habitantes de los Estados-Unidos—decían en otro tiempo los relojeros, pero al paso que van, han debido enviarlos á los habitantes de las dos Américas, incluso los Patagones y los Salvajes.

—Pues sin embargo, prima, puedes observar, que no faltan los encargos.

—Eso es lo que me admira; pero querida Matilde, si tienes ocupaciones tan urgentes, ¿cómo te gobernarás para obtener que te dejen un poco de tiempo? Creo que estás dispuesta á ir por unos dias á casa de la Sra. Lerins nuestra parienta. Ella escribió á mi padre anteayer, preguntando, qué dia llegaríamos nosotras á su posesion. Papá le contestó,

que si tú estabas dispuesta á acompañarme, saldríamos para allá el Lunes próximo, y para hablar de este viaje es para lo que he venido hoy á Beçanzon. Yo tengo muchas cosas que hacer además de los preparativos de marcha, y sin embargo vengo á veros, porque no habeis querido ir á casa ayer, que era Domingo, y el Domingo la señorita Matilde nada tiene que ver con los relojes. Verdaderamente pudiérais haber pasado el dia de ayer en casa.

—Mi querida niña,—dijo la Sra. Vibert—nosotros no nos olvidamos nunca de tí, ni de tu buen padre, ni de tu tia Ernestina y tus hermanitas; pero tampoco podemos olvidar que nos separan de vuestra casa de campo, casi dos leguas, y esto es demasiado para las piernas de los niños.

—Esa no es excusa, tia; en un cuarto de hora y sin molestia se andan esas dos leguas.

—Sin duda tomando el ferro-carril; pero Matilde sostiene, que no debemos hacer ese gasto mas que una vez al mes.

—La economía de Matilde se parecerá bien pronto á la avaricia,—exclamó Isabel con despecho.—En fin, ¿vendrá, ó no vendrá á casa de la Sra. Lerins?

—Irá, mi querida sobrina, porque yo he prometido á nuestra parienta confiarle mi hija durante algunas semanas.

—Me alegro, porque á la verdad no tendré que ir sola. Es pues, ya una cosa convenida: pero, primita, en tu ausencia ¿qué será de la relojería?

—Me acompañará—respondió Matilde con su expresion dulce y tranquila.

Isabel hizo un movimiento de sorpresa, y dijo:

—Eso es imposible.

—Pues es muy posible, porque he hablado de nuestro viage al fabricante, que me emplea, y él conoce, que puedo trabajar en casa de la Sra. Lerins con la misma facilidad que aquí. Así que llevaré para allá todas mis zandajas.

Isabel arrugó la frente y exclamó:

—Vas á causarte un perjuicio irreparable, y tal vez me lo vas á causar á mí tambien.

—¿Un perjuicio irreparable?—repitió Matilde sorprendida.

—Sin duda: nosotras vamos á casa de una señora muy rica, que debe tener brillantes relaciones, y si deseamos que nos presente gustosa á sus amigos y que nos reconozca por parientas, no conviene...

—Avergonzarla—interrumpió Matilde riéndose.

La Sra. Vibert se sonrió tambien pero con alguna tristeza.

—Pobre niña—dijo tomando la mano de su sobrina—¿serás tú siempre esclava del mundo y de sus preocupaciones? ¿No te atreverás á hacer la cosa mas sencilla y mas insignificante sin preguntarte con inquietud—qué van á pensar de mí?

—Pero, tia—replicó la jóven—es muy importante, como sabeis, que hagamos cuanto esté de nuestra parte por no descontentar á la Sra. Lerins.

—Lo que yo sé, niña mia, es que le debemos muchos favores: ella es muy buena, muy

generosa para nosotros, que somos sus parientes muy lejanos, y á quienes apenas conoce.

—Sí, ciertamente es buena y generosa— repuso Isabel francamente. —Adivinad, mi querida tia, por qué nos invita á Matilde y á mí á ir á pasar algunas semanas á su posesion del Lago. ¿No caeis en ello? Pues bien, es porque ella se encuentra sola en el mundo, sin hijos, sin parientes próximos; y ella quisiera hacer de una de nosotras dos, la que le agrade mas, su amiga, su compañera, su hija y mas tarde su heredera sin separarla al mismo tiempo de su familia.

La Sra. Vibert hizo un gesto de incredulidad, y le dijo:

—¿Quién te ha contado eso?

—Me lo ha referido una señora, que estubo hablando ayer con mi tia Ernestina, y que es muy amiga suya. Esta señora lo sabe por una de sus amigas, que ha pasado quince dias en casa de la Sra. Lerins. Bien veis, por tanto, que no se trata de una noticia sin fundamento, sino de una cosa muy cierta, y así es que yo he venido al momento para que lo sepais. ¿No es verdad, Matilde, que yo soy una mujer franca y leal? Habria podido guardar el secreto, y aprovecharme de él, para captarme la benevolencia de nuestra rica parienta; pero esto hubiera sido obrar mal, y contigo quiero jugar á cartas vistas. Vengo pues á prevenirte lo que pasa, para que hagas lo que corresponda en vista de mi franqueza, pues no te dejaré ignorar ninguno de mis proyectos. Oye bien mis intenciones. Es

evidente que la eleccion de la Sra. Lerins recaerá sobre la mejor y la mas cumplida, lo cual es decir que la probabilidad está de tu parte, y que yo tendré que trabajar mucho en disputarte la victoria, aun empleando todos mis recursos.

—Esa es mucha modestia, Isabel — le dijo su prima — tú estás bien segura de lo contrario.

—No, no — contestó Isabel, moviendo la cabeza — hablo de lo que pienso, y lo digo con toda seriedad. Me será imposible ó por lo ménos muy difícil vencerte, y por eso he resuelto sacar cuantas ventajas pueda de todas las circunstancias, y no desperdiciar ninguna ocasion de hacer valer mis buenas cualidades por modestas que sean. No trataré de apropiarme ni de fingir las que no tengo, pero no ocultaré ninguna de las que poseo; me esforzaré en parecer amable, sumisa, recomendable é inteligente.

—Por no decir mujer de talento — dijo Matilde sonriéndose.

Isabel bajó la cabeza y repuso:

—A lo ménos haré cuanto esté á mis alcances por no parecer tonta, necia, ni enfadosa: hablaré, reiré, tocaré y cantaré. Por tu parte no olvides tus lápices y tus pinceles, por que la Sra. Lerins ha preguntado si nos enseñan artes de adorno. Ah! que no hubiera sabido yo todo esto en el invierno, cuando tanto descuidé mis lecciones de Piano!

—Niña — le dijo la Sra. Vibert con un tono dulce y triste — ¡Tanto interés tienes en ser rica!

Esta reflexion dejó parada y pensativa á Isabel, que contestó con una voz algo sumisa:

—Os ruego, tia, que no tengais de mi tan mala opinion. Si deseo agradar á la Sra. Lerins, es en primer lugar, porque ella es buena y generosa y como no tengo madre, desearia poderle dar este nombre; pero además confieso que tendria mucho gusto en poseer un gran caudal. En tal caso haria mucho bien, aseguraria el porvenir de mis queridas hermanitas, y los pobres me bendecirian. Si; yo quisiera ser rica y no me censurariais por manifestar este deseo, si supiérais la estrechez en que nos hallamos. Vuestra pobreza no es tan angustiosa como nuestra miseria oculta y disfrazada.

—Calla!—dijo Matilde—vaya una exageracion. Tu familia, querida Isabel, tiene una existencia muy decente: pasais seis meses en Paris y seis en el campo: dais bailes, comidas y fiestas campestres.

—Es verdad:—respondió Isabel pensativa—á fuerza de economía y de privaciones llegamos á hacer todo eso.

—¿Es posible?—replicó la prima asombrada de oir aquellas expresiones—Vosotros os imponeis privaciones para hacer gastos tan inútiles?

—Pero, Matilde, bien lejos de ser inútiles esos gastos, son por el contrario de primera necesidad. Es indispensable que cada uno viva segun su rango en el mundo.

—Pues yo creo, que no es vivir segun su rango hacer alarde de un lujo indigente y falso, cuando los medios que se tienen, bas-

tan para procurarse la comodidad y el bien estar.

—Amiga mia—repuso Isabel—conviene ante todo salvar las apariencias.

—¿Pues qué? ¿La ostentacion de riquezas, que no se tienen, se llama en el language del mundo elegante salvar las apariencias?—preguntó Matilde sencillamente.

—Sin duda—respondió su madre—y precisamente cuando anda la cosa mal, es cuando hay que hacer mejor viso y ostentacion.

—Ah! es verdad—dijo Isabel sin hacerse cargo del tono irónico, con que habia hablado la Sra. Vibert.—Cuando se tienen pocos medios, ó es preciso desterrarse del mundo, ó conciliar la mezquindad interior con la ostentacion y la prodigalidad.

—Y es muy corriente, que cuando se vive así, se llega á la ruina—agregó la Sra. Vibert.

—Precisamente por eso debeis comprender, mi querida tia, cuanto deseo yo obtener la gracia de la Sra. Lerins. Esto seria la salvacion de mi familia que tal vez corre á su pérdida. Sin embargo, si Matilde obtiene la preferencia, yo en vez de sentirlo, me alegraré—agregó con viveza la jóven—y creo, mi querida prima, que sucediendo lo contrario, obrarás tú del mismo modo.

—Ciértamente, ángel mio,—le contestó Matilde con un tono de voz, que llegaba al corazón.

—Así, pues, nada de rivalidad entre nosotras, sino solamente una noble emulation, y yo estoy encantada de ver que tú te prestas con tan buena voluntad á mis proyectos.

—Tus proyectos, hija mía, se parecen á los de la lechera de la fábula,—dijo la Sra. Vibert—no creo que la Sra. Lerins tenga la idea de encargarse de tí ó de Matilde, por un motivo tan justo como el de tener un hijo adoptivo ó á lo ménos un pariente jóven, que ella hace educar, y á quien quiere mucho.

—Lo sé, tia, replicó Isabel con un tono de desden é indiferencia.—Es verdad, que al morir el Sr. Lerins recomendó á su muger uno de sus sobrinos, y que desde entonces nuestra buena parienta ha cuidado de la educacion de ese jóven; pero esto no prueba que ella le prefiera á sus sobrinas, y que deje á estas defraudadas en sus esperanzas por enriquecerlo.

La Sra. Vibert movió la cabeza y le dijo:

—Niña, debes tener presente en primer lugar, que el caudal de la Sra. Lerins proviene de su marido, y no debes olvidar despues que el Sr. Bryans (así se llama el sobrino del Sr. Lerins) es digno de todo el afecto, que su tia le demuestra, porque se asegura que tiene cualidades muy notables y excelentes.

—No lo niego—contestó Isabel con indiferencia—pero ese jóven está hoy viajando, y el proverbio dice, que los ausentes son los que pierden; y tiene razon el proverbio, ¿creeis mi buena tia, que instaladas nosotras en la posesion del Lago, dejaremos el campo libre á ese jóven suizo? El Sr. Bryans como sabeis, es de origen suizo, muy buen jóven, muy sencillo, muy cándido y además tan cerril como las gamuzas de sus montañas. Ah ¡seria muy gracioso, que nos viniese á disputar el

afecto de la Sra. Lerins!

—Mi querida sobrina, hablas con ligereza de una cosa muy seria; y te formas una idea muy falsa del carácter de la Sra. Lerins, si crees que una fisonomía agradable, maneras elegantes de sociedad y un espíritu cultivado bastan para cautivar á una persona tan austera.

Isabel se mordió los labios y dijo:

—No lo creo, y espero que la Sra. Lerins descubrirá en nosotras cualidades mas serias que las que acabais de indícar.

—Tambien lo espero yo así, pero supuesto que tratas de agradarle, déjame que te dé algunos consejos. Conozco poco á nuestra rica parienta, pero sé que tiene gustos muy serios, que está contenta en su vida interior y recogida, y que no le gustan las distracciones del mundo, á que tan inclinada te veo. Decias no hace mucho, que la Sra. Lerins tiene relaciones brillantes, y te engañabas porque ella pasa su vida rodeada de un corto número de amigos en Neuchatel durante el Invierno y en la soledad de su propiedad del Lago durante la Primavera. Acostumbrada á no ver á su alrededor mas que gentes sencillas y laboriosas, es probable, que no dejaria de disgustarle el desden que tú manifiestas respecto de aquellas personas, que miras como inferiores, y tal vez se disgustaria mas al notar los esfuerzos, que haces para relacionarte con personas que ocupan en el mundo una posición mas ó ménos elevada. Tengo por muy cierto, que te veria con disgusto rechazar amigos humildes y buscar al mismo tiempo á los que se encontraran favorecidos por la for-

una. Tambien creo, que no le pareceria bien, que manifestaras un temor excesivo de los juicios y de las críticas del mundo.

—Tia—dijo Isabel un poco confusa—¿por qué suponeis eso? ¿Quien ha podido deciros?...

—Nadie me ha dicho nada, pero hace mucho tiempo, que observo y que adivino. Nadie me ha dicho, que consultas sin cesar las leyes del buen tono y que sientes mucho dar algun paso comprometido como hoy por ejemplo.

—Pero ¿qué he hecho hoy?—preguntó la jóven algo ruborizada.

—Has atravesado en medio del dia y por entre una multitud de gentes ese repugnante barrio, que una muger elegante no debe conocer. Pero tú cambias de color..... ¡qué niñería! No es una reconvencion que te hago; al contrario, debemos darte las gracias doblemente por tu visita si ella te ha costado alguna repugnancia.

—Es verdad—dijo Matilde—te estoy muy agradecida por haber venido á darnos un abrazo en nuestra oscura y sombría mansion.

—Las dos sois injustas—exclamó Isabel, saltándosele las lágrimas—me censurais y sin embargo, sabeis muy bien cuanto gusto tengo en estar con vosotras en esta vieja casa que siempre he querido.

Su tia la besó en la frente, y le dijo:

—No era mi ánimo causarte disgusto, sino solamente darte un consejo que te podrá ser útil. Nunca hemos dudado de tu cariño, hija mia, y sabemos que á pesar de tus pequeños caprichos eres una excelente jóven, dulce, amable, y afectuosa.

—Prima—le preguntó Matilde—¿quién nos acompañará á casa de la Sra. Lerins? ¿Será tu padre ó tu tia Ernestina?

—Ninguno de los dos—respondió Isabel—papá está muy ocupado, y mi tia Ernestina no puede dejar solas á mis hermanitas; pero una señora conocida nuestra, que se propone hacer un viaje á Suiza con su marido, está conforme en encargarse de nosotras hasta Neuchatel. Allí encontraremos una criada, ó mas bien, una persona de confianza enviada por la Sra. Lerins.

—¿Cómo?—dijo Matilde—¿iremos tan lejos? La posesion de nuestra parienta, que se llama el Lago, no toma este nombre del Lago de Neuchatel?

—No ciertamente, puesto que el rio Doubs baña el cespèd de su jardin.

—Y ¿es por esto, por lo que la posesion se llama el Lago?—preguntó Matilde riéndose.

—Sí, hija mia, por eso. En aquel sitio el Doubs, que allí es un rio bien pequeño, desaparece en medio de un hermoso lago, cuya orilla derecha es suiza y la izquierda francesa.

—Pero ese rio, que se convierte en lago debe estar bastante léjos de Neuchátel.

—En efecto está léjos, pero nosotras tomaremos el camino de los estudiantes. Hay dos caminos para ir á Villers del Lago, la linda poblacion cerca de la cual está la casa de campo de nuestra parienta. Uno de estos caminos vá directamente á aquel pueblo; pero cuando no se tiene carruage propio, hay que resignarse á tomar un asien-

to en la incómoda y antigua diligencia. Esta sale de Besançon al alba y llega al Lago un poco antes de ponerse el sol, despues de haber recorrido tierras esteriles y solitarias. Este camino triste, monótono y lleno de polvo es la imágen de la vida real. El otro con sus lagos azules, sus magníficos bosques y sus montañas coronadas de nieve tiene el aspecto encantador de la poesía, y representa la vida embellecida por los sueños y las imaginaciones agradables. Es necesario mas tiempo para andar este camino; pero ¿qué importa si el viage es mas divertido?

—La diversion del viage dependerá un poco de las personas que vayan con vosotras— hizo observar la Sra. Vibert, que agregó despues.—¿Quien es esa Sra. á la cual va á confiarle tu padre, mi querida Isabel?

—Es la baronesa Delmar, que vos, tia, debéis conocer de nombre. No nos aburriremos en su compañía, porque tiene talento, es algo mordáz, y cuando se burta, lo hace de una manera tan satírica, que no es fácil imitarla. —¡Pues en verdad que será muy agradable viajar con una persona tan amable y tan indulgente!—dijo Matilde riéndose.

—¿Qué importa?—contestó Isabel filosóficamente—si nos ataca, nos defenderemos; pero te provengo una cosa, y es que cuides mucho de tu trage y de tu peinado, porque la señora Delmar, que es partidaria de la moda, tiene muy poca consideracion á las mugeres que no son elegantes.

Despues de haber dado á Matilde este sábio consejo, abrazó Isabel á su tia, á todos los ni-

ños y tres ó cuatro veces á su prima; volviendo en seguida á la estacion del ferro-carril acompañada de su vieja sirviente.

## II.

Algunos dias despues en una mañana despejada y alegre entró Matilde Vibert acompañada del mayor de sus hermanitos en la estacion. Detrás de ellos un mandadero llevaba el equipaje de la jóven.

—Gracias á Dios!—exclamó Isabel viniendo á saludar á su prima—creia que no llegarías jamás, porque es tarde, y hace tiempo que te estamos esperando. Voy á presentarte á la Sra. Delmar, y te encargo que procedas con ella cuidadosamente para no provocar las bur-las de esta muger tan cáustica.

Se detuvo en seguida, viendo que el Baron y la Baronesa se adelantaban magestuosamente. Era un matrimonio muy proporcionado; si la muger era vana y satírica, el marido era de un carácter seco y orgulloso. Sin embargo, acogieron con política á la graciosa Matilde, considerando su parentesco con Isabel, y no sabiendo el humilde oficio que ejercia, ni la estrechéz de su familia. Habia principiado la Baronesa á hablar con ella, cuando les llamó la atencion un altercado que tuvo lugar á su inmediacion entre un empleado del ferro-carril y un viagero. Este, que aunque hombre de edad parecia robusto, tenia el aspecto de un labrador rico, y su lenguaje no desmentia aquella idea. A su lado estaba un jóven vestido con sencillez, que se sonreia oyendo á su

compañero; el cual queria obligar al empleado del ventanillo á admitir una moneda que él rechazaba, sin duda por no parecerle buena. El Baron Delmar, oyendo sus voces se volvió hácia ellos, frunciendo los lábios, y mirándolos desde la altura de su importancia; pero los desconocidos no se movieron por eso. Sin embargo, cuando las señoras miraron á su vez, el jóven recogió la moneda objeto de la cuestion y puso en la ventanilla otra que fué aceptada.

—Amigo mio,—dijo el jóven—permitidme cortar la cuestion: tomo la moneda, que el señor rehusa, y le doy la mia.

—No, no!—exclamó el tenaz viejo—eso seria ceder, y yo no quiero hacerlo; tengo en mi favor el derecho y la razon.

—Ay Matilde! ¡qué encuentro tan fastidioso!—dijo Isabel al oido de su prima—conozco á ese viejo que grita tanto: es uno de nuestros vecinos del Campo..... un rico propietario, y hombre instruido á pesar de su aspecto algo rústico. Entremos en la sala de descanso antes de que nos vea.

—Y ¿porqué huir de él, si es un amigo de tu familia?—preguntó Matilde con sencillez.

—Porque se reuniria con nosotras y me hablaria de un modo.....! Me ha conocido niña, y es un hombre que no se mortifica ni se incomoda hablando á los demás. Nadie se familiariza tan pronto como él... y yo estoy en la necesidad de aguantar sus defectos, primero por razon de su edad, y despues por que tiene un buen corazon y nos ha hecho algunos favores, de estos que se acostumbran

hacer los vecinos en el campo.

Sin esperar lo que dijera su prima, se deslizó Isabel á la sala de descanso, se sentó y abrió un abanico de viaje para taparse la cara. La Baronesa y Matilde la siguieron, mientras el Baron se paseaba mirando á los demás viajeros.

El viejo entretanto, que habia tomado ya su billete, se dirigió á la sala de descanso de tercera clase, pero al pasar vió á Isabel y se acercó con alegría.

—Señorita Isabel—le dijo—¡cuánto gusto tengo en veros! Seria inoportuno preguntaros, si estais buena, cuando veo en vuestras mejillas el color de las cerezas, que es la mejor prueba de gozar de salud. Y ¿en casa cómo están todos? ¿El papá, la Sra. Ernestina, las niñas? Hace mas de quince dias, que no he tenido el honor de verlos: cuando llegue la época de la caza, os haré visitas con mas frecuencia. Tengo sumo gusto en entrar en vuestra casa con el morral bien lleno de piezas muertas por mi mano: toda la familia se alegra; y vuestro padre, que es un hombre estimable, sencillo á pesar de su rango, nunca pasa por mi propiedad sin entrar á tomar un trago! Uno de estos dias anteriores me decia—Sr. Bernard vuestro vino es excelente y vuestros jamones son inmejorables.

El Baron y su muger oian estas expresiones con estrañeza y desden, mientras que la pobre Isabel se ruborizaba, palidecia, perdía la serenidad y deseaba esconderse en un agujero. No se atrevia á chocar con el importuno, que de aquella suerte le hablaba, porque ha-

bia hecho á su familia favores mas importantes que los que habia dicho á Matilde, y era un hombre excelente y utilísimo.

—¿Puedo preguntaros, Señorita Isabel, si os disponeis á hacer un largo viage?—agregó con un tono gracioso.

—Largo, no señor—respondió la jóven tartamudeando—vamos á casa de la Sra. Lerins.

—¿A Villers del Lago? Es una excursion muy agradable. ¿Pensais tomar el ferro-carril hasta Pontarlier?

—Hasta Neuchatel, señor... quiero decir hasta Locle.

—Ah! esto es lo que se llama entre estudiantes hacer rabona. Verdad es que se va á Roma por todas partes: pero ¡qué encuentro tan singular! Yo tambien, señorita, voy á pasar por Neuchatel con mi jóven amigo el Sr. Federico. Sr. Federico, acercaos, las señoras lo permiten. Si; voy á pasar por Neuchatel, para ir á una de las posesiones de la señora vuestra tia, para comprar un poco de ganado vacuno á uno de sus colonos. Lo que me disgusta es, que no podré tener el honor de sentarme en el mismo coche que vos, porque este billete me lo impide. Viajo en tercera clase, no por necesidad, sino porque es el sitio propio de un lugareño, y el Sr. Federico, por no dejarme solo, ha querido tambien tomar un billete igual. Si él hubiera previsto... mas no siempre se prevé todo.

—Mi querida niña,—dijo la Baronesa al oido de Isabel—¿es posible que un ente tan original como este, se permita hablaros con tanta franqueza?

—Es un vecino de nuestra casa de campo, un hombre que está acostumbrado á tratar á todos á su gusto.

—Bien se vé; y soy de opinion que trateis de cortar la conversacion, porque de lo contrario todos van á fijar la vista en nosotros.

—Sr. Bernard—dijo Isabel turbada—siento que no podamos viajar juntos, pero supuesto que vuestro sitio está allá abajo, no quiero deteneros. Vuestro amigo os espera. A Dios, caballero, os deseo un feliz viaje.

—Oh! no nos separaremos todavía,—dijo aquel buen hombre, mirando su reloj.—El tren no saldrá hasta dentro de un cuarto de hora, y podemos hablar todavía algun tiempo. Con vuestro permiso, señoras—agregó tomando un sillón y sentándose.—Esta linda jóven ¿sería una de vuestras primas, señorita Isabel?

—Sí señor—dijo Isabel con sequedad—es la señorita Matilde Vibert.

—Eso es, la señorita Vibert. Iba yo á decirlo, porque esta señorita se parece á su madre la Sra. Vibert, á quien conocí, cuando era niña. Y ¿quién es esta arrogante señora, que tiene una presencia tan noble?—agregó el viejo, bajando la voz.

La señora, que era la Baronesa Delmar, y que lo oyó, se levantó, tomó el brazo de su marido, y se puso á hablar con él en secreto. Isabel estaba como en un suplicio.

—¡Matilde, cuánto es lo que estoy sufriendo!—le dijo á su prima, acercándose á ella, como si fuera á arreglarle el velo.—El señor Delmar debe estar furioso, y su esposa ¿qué opinion va á formar de nosotras? Es neces-

rio despedir á este majadero, y yo me encargo de hacerlo, porque es muy fácil, si tú quieres cambiar algunas palabras con el, para distraer su atencion.

Se levantó en seguida, echó á correr y volvió á poco, sonriéndose. Detrás de ella venia un empleado del ferro-carril, que dijo con un tono breve:

—Señoras, ¿vuestros billetes?

—Aquí está el mio—dijo Isabel—Matilde, presenta el tuyo.

—¿El vuestro, caballero?—siguió diciendo el empleado, dirigiéndose al viejo, que contestó:

—El mio no es igual al de estas señoras, pero iré á mi sitio dentro de un momento.

—Al instante, señor; al instante debeis ir á tomarlo.

—Señoras—dijo el viejo con naturalidad—creo, que no serviria de nada discutir sobre ello; permitidme, pues, ofreceros mis respetos. Señorita Isabel, tendré el honor de venir á saludaros á la primera parada que haga el tren. Señorita Vibert, soy vuestro servidor. Señores...—agregó, inclinándose ante el Baron y su esposa.

El primero respondió por algunas palabras ininteligibles, la segunda por un movimiento de la cabeza, y el viejo se alejó sin disgusto.

—Mi querida Isabel—dijo la Baronesa con sequedad—si vuestros padres admiten en su sociedad personas tan grotescas como este hombre, alejarán de su casa á todas las gentes de buen tono.

Poco despues se abrieron las puertas que

daban á la via, y se vió á los viajeros precipitarse á tomar asiento como si hubiera prendido fuego en las salas de descanso.

El Baron buscó un compartimiento vacío, y entró en él con las tres señoras. El viaje principió de un modo bastante triste, porque la Baronesa se quejaba del calor, del humo de la locomotora y de las sinuosidades del camino, que hacian le diera el sol, aunque tuviera cuidado de estar variando de sitio. Su marido oía estas quejas con paciencia y no respondia palabra, teniendo fijos los ojos en un periódico que no parecía interesarle mucho. Isabel estaba sombría y preocupada, porque experimentaba un sentimiento de despecho y de confusion, que trataba de disimular, aunque conocia que era pueril; pero á pesar de ello, su vanidad le hacia sufrir por la opinion que habia manifestado la Baronesa. Matilde solamente iba alegre y aunque callada, experimentaba un placer muy vivo. Era para ella una cosa rara y agradable respirar el aire libre de los campos y el perfume de los bosques.

Al cabo de una hora se detuvo el tren y una voz gritó:

—Mouchard; treinta minutos!

—¿Qué pueblo es este—preguntó Matilde donde el tren se detiene tanto tiempo?

—Es un pueblo pequeño donde se ha construido una gran estacion—respondió Isabel.

—La estacion de Mouchard está colocada en la union de dos lineas, y este es el motivo porque el tren se detiene ese tiempo—les explicó el Baron.—Vamos á bajar señoras ¿no os parece bien?

—Lo que es á mí—dijo Isabel—no me gusta bajar. Aquí estaré mejor que sobre la carretera, donde hay viento y polvo—pero el motivo que la obligaba á hablar así, era que no queria que Bernard viniese á hablarle otra vez delante de todo el mundo.

—Como gustéis—dijo la Baronesa bajando desde luego del coche.

Matilde la siguió; Isabel las vió alejarse, y bajó los cristales, quedándose algo lejos de las portezuelas para no ser vista desde fuera: pero vió á Matilde que corria alegremente y se detenía ante un puesto de frutas: vió tambien al Sr. Bernard y á su joven compañero, que se dirigian tambien al puesto de frutas, y que entraron en conversacion con Matilde y la Baronesa. El buen viejo decia sin duda cosas agradables, porque la señorita Vibert se reía, mostrando sus lindisimos dientes. Si el Sr. Federico no parecia tomar parte en la conversacion, estaba por lo menos muy atento y se sonreía.

—Se dice que Matilde tiene talento; pero le falta tacto—exclamó Isabel, que podia hablar alto sin riesgo de que la oyeran—Ella corre á encontrar á este viejo, sin observar la sonrisa burlona de la Baronesa. Apuesto á que esta siente haberse encargado de nosotras, y me hará pagar el fastidio que experimenta hoy. Seguramente en nuestra tertulia será de moda este invierno bromearse con el encuentro del Sr. Bernard.

Algunos minutos despues volvieron las dos señoras y el Baron á ocupar sus sitios, y Matilde le dijo á Isabel:

—Prima, tú no has acertado en quedarte en tu rincón. Nosotras venimos de hablar con el amigo de tu padre, y nos hemos reído de todo corazón. Él tiene mucho talento, y aunque no es fino, ni sus gracias son delicadas, divierten mucho su viveza y su alegría...

En este momento se interrumpió, porque vió que la persona de quien hablaba estaba subida en el estribo y miraba alegremente por los cristales.

—Cómo! señorita Isabel ¿os habeis quedado aquí sola, mientras nosotros nos divertíamos allá abajo?—dijo él abriendo la portezuela.

—Caballero—le dijo el Baron—¿vais á subir á este coche con nosotros?

—Sí señor, subo y me siento—dijo el buen viejo, colocandose en frente de Isabel.

—No sabeis lo que haceis—repuso el Baron colerico—Recordad lo que os sucedió en la estacion de Besançon.

—No lo he olvidado; pero como dice La Bruyere, un profundo moralista:—echad á un perro del sillón del Rey; él se subirá en el púlpito del predicador.

—Y ¿no es tambien La Bruyere el que ha dicho, que el papel de un necio es ser importuno?—murmuró el Baron entre dientes.

El viejo lo oyó tal vez, pero se hizo el desentendido, y dió la mano á su jóven compañero, que dudaba subir.

—Venid, Sr. Federico—le dijo—sentáos aquí con nosotros. Deseo, señoras, que nuestra venida no sea motivo de incomodidad, porque sentiríamos mucho causaros la menor molestia. Vamos á formar una buena reunion

y hacer un viaje muy divertido...

Fué interrumpido por una voz monótona, que repetía el sempiterno refrán

—Vuestros billetes, señores.

Aquí era donde Isabel aguardaba al señor Bernard y á su jóven amigo: ella contaba ya con el triunfo, cuando los dos hombres, sin turbarse, presentaron sus billetes. El empleado los miró y se retiró en seguida, y el tren se puso en marcha.

—Hemos cambiado nuestros billetes—dijo el Sr. Bernard—porque estábamos tristes. El Sr. Federico, en particular, tenía una cara tan deplorable, que tuve compasion de él: le propuse venir aquí, y me cogió la palabra. Sr. Baron, es natural que yo tenga gusto en hallarme junto á estas señoritas, porque casi soy su pariente: habia entre mi padre y su abuelo...

—Poco importa lo que hubiera—le interrumpió Isabel con impaciencia—Esos pormenores no pueden interesar al Sr. Baron y á su señora.

—Prima, mira qué hermoso paisaje—esclamó Matilde que no pudo contener esta exclamacion.

El Baron, la Baronesa é Isabel, se precipitaron á la pertezuela de aquel lado, mientras que los otros viajeros miraban con trabajo por cima de sus hombros. En efecto el punto de vista era lindísimo. En un valle rodeado de colinas, se veian unas hermosas viñas y unas frondosas arboledas, llamando la atencion un pueblo, cuyas blancas casas brillaban á los rayos del sol, y todo esto lo her-

mosea un pequeño río, cuyas aguas reflejaban la luz de una manera agradable.

—¡Qué linda vista!—dijo Matilde con admiración.

—Sí—replicó el Sr. Bernard—tal vez no hay en el Departamento un punto de vista mas magnífico. El río se llama Cuisance, y el pueblo Arbois. Sus armas eran en otro tiempo un pelícano de plata picándose el pecho, sobre sus hijitos en un nido de oro; todo en campo azul con esta divisa: «Así ayude Dios á Arbois.»

—Pues estamos muy enterados—dijo Isabel á media voz, inclinándose hacia la Baronesa.

—Pero eso es muy interesante—dijo el Baron sacando un libro de memorias y poniéndose á escribir—¿decís, caballero, que este río se llama Arbois y el pueblo Cuisance?

—Lo contrario, señor; el pueblo es el que se llama Arbois, y es muy conocido por sus vinos. Debeis conocer el vino de Arbois.

—Efectivamente—contestó el Baron.

Rota así la estrañeza, el orgulloso Baron se decidió á entrar en conversacion con el buen lugareño. El Sr. Federico acabó por mezclarse en la conversacion, y Matilde los oía con gusto; pero Isabel y la Baronesa, los miraron con desden, y se pusieron á hablar una con otra, como si hubiesen estado solas. El Sr. Bernard decía cosas muy interesantes, y su amigo hacía tambien reflexiones muy justas. Este jóven tenia mucho talento y una imaginacion brillante, y si hasta entonces habia guardado silencio, se conocia que habia sido

por modestia. No pocas veces habia tratado de dirigir la palabra á las dos primas, pero Isabel por orgullo y Matilde por timidez, le contestaban con brevedad. Él sintió de esto algun disgusto, á lo menos en lo que concernía á Isabel, porque era á ella á quien se dirigía con preferencia y á la que miraba con disimulo.

Mientras tanto, el tren seguía su curso por bosques, en que se sentía una deliciosa frescura, y en que de tiempo en tiempo se observaban algunos claros en que no habia árboles; pero en aquellas soledades no se veía un sér humano, sino cuando más y á grandes distancias, alguna granja ó hacienda, á cuya inmediacion se destacaban hermosos puntos de vista.

—Matilde—dijo Isabel, que queria dar importancia á su prima—Ahí tienes en qué ejercitar tu pincel, pero ¿podrás tú pintar estos lindos paisajes de memoria?

—¿Esta señorita es pintera de profesion?—preguntó el Sr. Bernard.

—No señor, respondió ella sonriéndose—pinto por gusto.

—Muy bien, muy bien, y dispensadme, señorita, si os he dirigido esa pregunta, tal vez indiscreta, ha sido porque se me ha dicho que sosteneis á vuestra familia con vuestro trabajo.

—En efecto, señor, hago todo cuanto puedo por ser útil á los míos—contestó Matilde, que no pudo dejar de sonreirse, observando las furiosas miradas que le dirigia Isabel.

—Os felicito por ello, señorita Vibert—continuó el Sr. Bernard—pero no veo de qué

modo una jóven tan distinguida como vos puede...

—Soy relojera—le interrumpió Matilde con una voz clara y firme.

La Baronesa al oír esto, hizo un gesto de estupor; Isabel se avergonzó, y el Sr. Federico, que tenia fija la vista en la bella orgullosa, separó de ella su mirada, para observar á la amable Matilde.

—¿Es posible que una persona se encuentre reducida á tal necesidad?—Dijo el Baron entre dientes con tono compasivo.

—Señor—dijo Isabel que tenia el oído muy fino—mi prima no es digna de compasion, porque está á pique de ser millonaria.

—Ola!—dijo el Baron cambiando de tono.

—Oh! oh!—dijo tambien el Sr. Bernard—recibid mi enhorabuena, señorita Vibert.

Matilde movió la cabeza y dijo:

—Os ruego, señores, que no tomeis como ia semejante chanza.

—Pero—dijo la Baronesa—he oído decir n efecto, que la Sra. Lerins se propone dejar su gran caudal á estas señoritas.

—Pues os han informado mal, señora Baronesa—replicó el Sr. Bernard—tengo la satisfaccion de conocer no solo á la Sra. Lerins, sino tambien á su heredero el S. Bryans.

—¿El jóven suizo? ¿Trabajará este para suplantaros?—preguntó la Baronesa á Isabel.

Esta se encogió de hombros y contestó desdenosamente:

—Ah! os aseguro que no le tememos.

—Se me ha hablado de él—continuó diciendo la Baronesa, pero no recuerdo en qué

términos. ¿Es tal vez, segun creo, un joven ridículo?

—Así creo que es—respondió Isabel—tiene un carácter extravagante y una cabeza de chorlito; papà que lo ha visto en casa de el Sra. Lerins, le llama por broma D. Quijota, y segun entiendo, ese jóven suizo se parece al caballero de la Mancha; tiene su estatura alta y seca, sus ojos algo extraviados y sus ideas extravagantes.

—Sra. Baronesa—dijo Matilde—no créais que mi prima habla sèriamente. Ella sabe muy bien que el Sr. Bryans es un jóven de mérito, pero le gusta chancearse.

—¿Yo? No señora yo no me chanceo—dijo Isabel con seriedad.

—Pero, prima, tú has oido à mi madre asegurarte que el Sr. Bryans...

—Tu madre, querida mia, es la bondad personificada: cuando sus amigos son tuer-tos, ella los mira de perfil; yo no puedo hacer otro tanto, y ademas el sobrino de la señora Lerins no es nuestro amigo, antes por el contrario, nos estorba.

—¿Qué es lo que examinais con tanta atencion, señor Federico—preguntó con un tono sarcástico el viejo aldeano à su amigo, que un momento antes tenia la cabeza fuera de la portezuela.

—Miro aquel pueblo que està allà abajo, y estas lagunas y estas hornaqueras...

—Ese pueblo se llama La Riviere, y se le ha dado ese nombre porque està cerca de un pequeño rio, el Drugeon. En otro tiempo habia aquí una fortaleza, à la cual se retiró Càrlos el Temerario, despues de la batalla de Morat.

—Morat; Carlos el Temerario; pueblo de Drujeon—repitió el Baron à medida que escribía estos nombres.

—El Sr. Delmar entiende siempre al revés lo que se le dice—murmuró el Sr. Bernard al oído de Federico.

—Ah! allí está Pontarlier—exclamó Isabel poco despues, y euando paró el tren bajó alegremente del coche. Le parecia que respiraría con más desahogo no viéndose sentada en frente del viejo lugareño.

La estacion estaba llena de gente, porque acababa de llegar tambien un tren de Neuchatel, y todos corrian de un lado para otro. Los carruajes de todas clases se cruzaban en el camino, y una porcion de muchachos ofrecian sus servicios à los viajeros, que ni les respondian siquiera.

Uno de estos pequeños mandaderos, llevaba de la mano à su hermano, niño de dos ó tres años, que lo miraba todo como asombrado, y se reia y daba gritos de admiracion. Queriendo este niño ver de cerca un perrito, que llevaba atado con un cordon una señora inglesa, soltó la mano de su hermano, corrió con torpeza y fué à chocar con el eje de un carruaje. Cayó al suelo, y su rostro se cubrió de sangre. Muchas personas, entre las cuales se hallaban la Baronesa, Delmar, Isabel y Matilde, dieron un grito de terror, y otros fueron à levantar al herido, llegando el primero el Sr. Federico, que tomó al niño en los brazos, enjugó con su pañuelo la sangre que le cubria el rostro y conoció que la herida era ligera.

—Señorita—dijo el jóven à Isabel—¿que-

reis tener à este niño, mientras que voy à las oficinas à buscar lo que es necesario para curar su herida? Afortunadamente no es grave, y creo que éste imprudente chico no tendrá necesidad de facultativo.

Isabel tenía un corazon excelente: la herida que habia sufrido el niño le habia hecho temblar, y experimentaba una sensacion dolorosa al ver aquella bonita cara, que todavía echaba sangre; pero la proposicion del señor Federico la hizo retroceder y manifestar repugnancia. Por nada del mundo hubiera ella tomado en sus brazos à aquel niño desconocido, cuyas manos estaban súcias y el vestido haraposo. Lo que hizo fué sacar de su portamonedas un poco de dinero, y ponérselo al niño en la faltriquera.

—Y con esto, hijo mio, vete à que te curen en otra parte—dijo el Sr. Bernard, con su sonrisa burlona.

Isabel se alejó confusa, mientras que en el rostro de Federico se pintaba una expresion de tristeza, por extrañar la conducta de la jóven.

—Caballero—dijo Matilde con timidez—¿quereis confiarme ese pobrecito?

En seguida se sentó y tomó el niño sobre sus rodillas: el chiquillo daba terribles gritos, aunque el mal no era tan grande como el susto.

Federico lo curó con destreza, y usó del pañuelo de Matilde para sujetar la compresa, que habia hecho con el suyo. La jóven le dió una moneda de plata al hermano mayor del niño; Federico le dió una limosna más considerable, y los viajeros fueron à ocupar sus

asientos, porque avisaron que el tren iba á continuar su marcha.

—Dejemos que el Sr. Bernard y su amigo se instalen en su coche, y despues iremos nosotros á sentarnos en otro compartimiento —dijo Isabel al Baron y á su señora.

—Nó, nó—esclamó el Sr. Delmar—ese viejo me agrada, y no quiero separarme de el. Gana mucho así que se le trata; no es un rústico; tiene talento, sabe vivir y entiende de bromas; yo lo habia juzgado mal.

—Así es—dijo Matilde—y no olvides, prima, que ha conocido á nuestro abuelo.

Isabel no respondió, y como no podia separarse de los demás, fué con ellos á ocupar su asiento, de muy mal humor. Pretestando que el aire de las montañas le incomodaba, se echó el velo sobre el rostro.

—Señor—dijo el Baron al viejo—¿veis esta fortaleza que está aquí á la izquierda?

—Sí señor; es el fuerte de Joux, donde estuvieron encerrados Mirabeau y Toussaint Louverture.

—Ah! un negro—dijo el Baron cerrando la cartera y guardándola—esto no vale la pena de anotarlo.

—El fuerte de Joux nos recuerda tambien á uno de nuestros antiguos poetas de Borgoña, á Olivier de la Marche el capitán de guardias de Carlos el Temerario—observó ei señor Federico, que echó una ojeada rápida á Isabel, y agregó con alguna vacilacion—¿Me permitís, señoras, recitar algunos versos de aquel el viejo y sencillo poeta? Y en seguida dijo algunos versos, cuyo sentido era, que la caridad era la primera de las virtudes.

—Mi querida Isabel—dijo la Baronesa en Inglés,—creo que este jóven alude al accidente que ocurrió al muchacho en Pontarlier, y que á vos es á quien la reflexion se dirige.

—Creo que nó—contestó Isabel muy ofendida.

El camino se presentaba entonces tan pintoresco, que los viajeros dejaron la conversacion por admirar el paisaje. En el fondo de un alegre valle corria un torrente, que hace la riqueza de aquel país nombrado Travers. Sus orillas estan cubiertas de molinos y de fábricas en que se ocupan multitud de trabajadores. El tren corria siempre con velocidad pero las muchas estaciones, que habia en aquel punto, por estar cercanos los pueblos, exigian pausas, que permitian á los viajeros examinar los objetos, que les rodeaban. Cada casita de aquellas poblaciones tenia sus árboles frutales, su jardin lleno de flores, y parecian anunciar el bienestar y el desahogo.

Continuando el camino apareció en el fondo del valle el lago de Neuchatel con sus limpias aguas, en que se reflejaba la luz. La atmósfera muy pura y sin una nube permitia admirar la línea blanca de los Alpes, cuyos picos cubiertos de nieve se dibujaban en el horizonte sobre el azul oscuro del cielo. Neuchatel construida parte en la inmediacion del lago y parte en la pendiente de la montaña presentaba á la luz del sol sus blancas casas y sus colinas sembradas de verdura.

—A la verdad que este valle es muy agradable—dijo Isabel, y luego agregó en voz baja:—No tendria dificultad en pasar cada año dos ó tres meses en esta linda poblacion de Neuchatel.

—Sí—contestó el Sr. Bernard—es en efecto un país muy tranquilo y muy afortunado; y la relojería, señorita Vibert, es la que procura á estos buenos suizos su bienestar, y algunas veces la riqueza.

Matilde se sonrió y dijo:

—Me alegro mucho de saber que un relojero puede enriquecerse.

—Ay qué suplicio! —pensó Isabel—creo que me sería imposible soportarlo por mucho tiempo; pero afortunadamente desde que lleguemos á Neuchatel, nos separaremos de este viejo aldeano.

### III.

La casa de la Sra. Lerins estaba construida á la orilla del rio Doubs, en un valle rodeado de altas montañas. En aquel lugar, el rio se ensancha considerablemente, y despues de haber formado la magnífica laguna que se llama el lago de Chaisellon, se precipita de una altura de ochenta piés, en un abismo, que no devuelve los restos de sus victimas.

Pero desde la casa de la Sra. Lerins, no se divisaba la catarata: no se veía mas que una estension considerable de agua tranquila, y las crestas de las montañas coronadas de árboles. Si la situacion de la casa no era alegre, por lo menos era agradable, por estar rodeada de jardines y de praderas.

Una lancha vino á buscar á las dos primas, así que se presentaron en la orilla del lago, acompañadas de la vieja doncella que la señora Lerins habia enviado á recibirlas en Neuchatel el dia anterior. En la canoa se

distinguían dos señoras de edad sentadas en la popa, y cuando las vió Isabel no pudo menos de estremecerse de alegría. La doncella dijo entónces:

—Son la señora y su cuñada la Sra. Bryans: no se separan casi nunca, porque además de su parentesco son amigas íntimas.

—Mira lo que vá á desarreglar tus proyectos, mi pobre Isabel—le dijo Matilde al oído.

—Nada de eso—contestó Isabel—léjos de perjudicar esa amistad á mis ideas, es un estimulante, que aumentará mi valor y mi energía.

La canoa tocaba á la orilla, y las jóvenes corrieron á abrazar á su parienta. Esta era una anciana pequeña de cuerpo, viva, con grandes ojos negros y espesos bucles de cabellos blancos. Estaba vestida con cierta elegancia, y segun la costumbre suiza, llevaba un gran sombrero de paja de alas muy anchas. Su cuñada, mas alta y mas magestuosa, era mas gruesa, tenia un aire muy sério y miraba fijamente á las dos jóvenes.

—Mi querida Emma,—le dijo la Sra. Lerins—venid á abrazar á estas niñas.

Ellas, un poco intimidadas, presentaron sus mejillas á la alta y gruesa señora, que no por eso cejó su seriedad, y despues de haberlas abrazado y besado, entraron todas en la barca. Isabel se sentó junto á su tía, abrió su sombrilla, y la puso de modo que impidiera que le diera el sol á la anciana, la cual se puso á continuar su labor de punto de aguja, en que venia entreteniéndose, y le dijo á la sobrina:

—Niña; mejor harías en preservar de los

rayos de sol tus mejillas de color de rosa y tu blanca frente; ¿no temes pónerte morena y perder la finura de tu cutis?

—No señora; por mí no temo nada; temo por vos, no os dé la jaqueca.

—Sois una excelente jóven!—esclamó la anciana mirando á su cuñada, que hizo un gesto de aprobacion.

Matilde, que recordaba los proyectos de Isabel, no pudo reprimir una sonrisa. La señora Bryans la notó y frunció las cejas.

—Debeis estar fatigadas, mis queridas niñas—dijo la Sra. Lerins.

—Oh! no señora;—contestó Isabel con viveza—es para nosotras una felicidad tan grande el estar á vuestro lado, que os aseguro, no nos acordamos de las fatigas del viaje.

—Sin embargo—dijo la buena Sra. Lerins, —Matilde tiene los ojos cargados y el rostro pálido.

—Es cierto—contestó la amable jóven —me duele un poco la cabeza, sin duda porque he dormido poco esta noche anterior. La habitacion que tuvisteis la bondad de señalarme en vuestra casa de Neuchatel, mi querida tía, tenía una ventana sobre el lago, y á la claridad de la luna era tan hermoso aquel lago, que he pasado una parte de la noche en estarlo mirando.

La Sra. Bryans volvió á fruncir las cejas, y la Sra. Lerins bajó la cabeza. Estas señoras, que no atravesaban el Doubs sin ocuparse en hacer calcetas, randa ó cualquiera labor semejante, no eran muy amigas de las jóvenes poetas que pasaban su tiempo en mirar el efecto de la luna en la superficie de las aguas.

—Y tú, niña, ¿has estado muy distraída esta noche con la claridad de la luna?

—No señora; pero durmiendo en mi cama como una marmota he soñado que estaba en vuestra posesion del Lago, que daba de comer á vuestros pichones, que ellos me conocían, y que venían á posarse en mis hombros.

—Pues ese es un sueño que se realizará, segun creo, mi querida niña: sí, yo espero que estarás aqui bastante tiempo para hacer conocimiento con todos los habitantes de mi corral.

—Ah! si eso dependiera de mí!—dijo Isabel suspirando—pero por desgracia, mi tía Ernestina me ha dado licencia por un tiempo tan corto!

—Ya le rogaremos que lo prolongue; no tengas cuidado.

—¿Pensais, pues, señorita, que no os aburriréis en nuestra soledad?—le preguntó la señora Bryans.

Isabel hizo un gesto de ponderacion, y dijo:

—Señora, ¿cómo podria yo aburrirme al lado de mi buena tía? Además—agregó riéndose—no he conocido nunca lo que se llama fastidio.

—Pues os felicito por ello—contestó la señora Bryans—eso prueba á favor vuestro.

La barca llegó á la orilla: Isabel saltó con prontitud á tierra y dió la mano á su tía, que despues de salir de la canoa, dijo á las jóvenes:

—Bien venidas seais á mi quinta del Lago, mis queridas niñas.

Isabel se echó en sus brazos, y la buena

señora enternecida, la estrechó contra su corazón. Matilde hubiera querido abrazarla también otra vez, pero la Sra. Lerins nó la atrajo, por que tenía á Isabel de la mano y no veía mas que á ella.

—Mis queridas niñas,—dijo la anciana, así que entraron en la casa—no tardarán en llamarnos á comer, y así voy á llevaros á vuestro cuarto. Si deseais cambiar de vestido, apresuraos á hacerlo, porque dentro de diez minutos nos sentaremos á la mesa.

Las habitaciones destinadas á las jóvenes estaban amuebladas con lujo y elegancia. Una tenía vistas sobre las montañas, y otra sobre el rio.

—Daremos esta á Matilde—dijo la señora Lerins, sonriéndose.—Así podrá ella entretenerse toda la noche, si quiere, y aunque es verdad que el lago que aquí forma el rio, no puede compararse con el de Neuchatel, debemos recordar el proverbio que dice—cuando no tiene uno lo que quiere, es necesario querer lo que se tiene.

—Mi tía ha querido burlarse de mí—dijo Matilde cuando se quedó sola.—Poco importa; me parece buena y afectuosa, y la señora Bryans me agrada también mucho, apesar de su seriedad y de su aire imponente. Quisiera yo tener la amistad de ambas, pero creo que será difícil, porque no soy tan expresiva como mi prima.

La prima no perdía el tiempo en hacer monólogos: se habia peinado en un abrir y cerrar de ojos, y se puso un vestido sencillo de percal azul, hecho por una costurera muy hábil. Como no era alto, necesitaba algo que

adornara el cuello, y eligió una cinta de terciopelo negro, sin medallon ni otro adorno.

—Espero—dijo para sí—que estas señoras no tendrán nada que censurar en mi persona.

En seguida bajó á la sala, alegre y radiante. No habia necesitado mas que un cuarto de hora para vestirse, y la Sra. Bryans lo hizo notar, la miró mucho y se dignó sonreirse. La Sra. Lerins la abrazó dos ó tres veces y la llamó afectuosamente su modesta violeta.

Matilde se hizo esperar un poco, porque habia prometido á su madre escribirle el mismo dia que llegara á la quinta del Lago, y habia querido aprovechar aquellos momentos para cumplir su promesa. Iba á cerrar la carta, cuando oyó la campana llamando á comer, y como no habia tenido tiempo para ocuparse de su vestido, se contentó con alisarse el cabello, y bajó con su vestido de viaje arrugado y cubierto de polvo.

—Te has distraído, Matilde—le dijo su tía cuando entró en el comedor.

La tímida niña se escusó, pronunciando algunas palabras con tono balbuciente. La señora Bryans la miró, movió la cabeza y dijo para sí:

—Negligencia y desorden.

Matilde comió poco y habló menos aun: estaba rendida de fatiga, y tenia una violenta jaqueca. Isabel, por el contrario, no demostraba tener ningun cansancio, y se sonreía y hablaba con volubilidad, aunque con reserva y modestia, prodigando á su tía los cuidados cariñosos, y encantando á las dos señoras, que se miraban sonriendo con aire misterioso.

Despues de comer fueron á sentarse en el

jardin. Isabel sacó gravemente de su bolsillo un devanador de hilo y una aguja de gan-chillo, que afortunadamente encontró en el fondo de su maleta: la Sra. Lerins y su cu-ñada volvieron á tomar su calceta, y Matilde que no podía trabajar sobre el cesp  d en su oficio de relojera fué la única que se quedó con los brazos cruzados. La Sra. Lerins la mir   con tristeza, y su cu  nada frunció otra vez sus espesas cejas negras.

Cuando llegó la noche volvieron    la sala, y la Sra. Lerins preguntó    sus sobrinas, si conocian la m  sica. Matilde no ocult   que habia recibido algunas lecciones de canto, pero agregó, que aquella noche no podía can-tar, lo cual dijo con una voz tan dulce como triste.

En cuanto    Isabel, se levanto inmediata-mente, se sentó al piano y tocó y cant   con gusto y con talento, haciéndolo con tanta gra-cia, que las dos señoras no le escasearon los aplausos.

A las diez se retiró cada una    su habita-cion, y la Sra. Lerins despúes de haber abra-zado    Matilde con frialdad, estrech      Isa-bel contra su pecho, diciéndole:

—Querida niña, te deseo una buena noche y toda la felicidad que mereces. Eres una jo-ven encantadora, y quisiera con todo mi co-razon tener el derecho de llamarte—mi hija.

—Y yo formo el mismo deseo—agregó la Sra. Bryans—permitidme, dulce y graciosa niña, besar vuestra cándida frente.   No ob-servais, hermana, que esta señorita tiene el feliz carácter de mi Federico?

La Sra. Lerins se inclin   al oido de su cu-

ñada, y le dijo algunas palabras en voz baja. Isabel, que tenía el oído sutil, oyó distintamente esta corta frase—Los que se parecen se unen. Comprendió inmediatamente, que aquella expresion se aplicaba á ella y al joven Federico Bryans, y la tomó como un rayo de luz.

—¡Qué aturdida soy!—pensó al entrar en su habitacion.—Yo queria ocupar el lugar de la Sra. Bryans, y lo que debo hacer por el contrario, es complacerla y ocupar un sitio á su lado. Iba á entrar en concurrencia con esta respetable señora, cuando ella tiene mi suerte en sus manos. ¡Qué error el mio! Afortunadamente estoy advertida. Lo comprendo todo y el proyecto de estas señoras viene conforme con los míos. Me casaré con ese jóven suizo, pues que ellas lo quieren absolutamente... La Sra. de Federico Bryans... es un nombre bien vulgar y poco recomendable, pero en París tendré el cuidado de que se me llame la Sra. Bryans del Lago, y con razon, para distinguirme así de mi suegra. Esta es una persona digna, tiene el aire noble, y creo que la querré mucho.

—¿No piensas en dormirte, prima?—le preguntó Matilde, entrando en su cuarto.

—No—respondió Isabel—no tengo sueño. Hace poco, que estaba cansada, fatigada, pero ahora me encuentro en tal estado de excitacion, que bailaría con gusto. Matilde ¿has oído y comprendido lo que estas respetables señoras han dicho á media voz?

—Si, querida, creo que has hecho su conquista, y que ellas quisieran casarte con Federico; pero este proyecto no debe agra-

darte mucho, por que ayer mismo nos hiciste un retrato de este joven, que no era muy lisonjero.

—Y bien ¿que prueba eso? Que yo me engañaba: á eso esta reducido.—respondió Isabel con mucho sosiego.

Matilde le dió un abrazo y le dijo.

—Hija mia; si esa union debe hacer tu felicidad, deseo de todo corazon, que tenga efecto.

Dicho esto se retiró Matilde á su habitacion, rezó sus devociones con fervor, se puso á pensar en su querida familia de Besançon, y pidiendo á Dios sus bendiciones para ella, se quedó dormida. Cuando despertó estaba muy adelantado el dia, y los rayos del sol entraban en su cuarto.

He sido una perezosa—dijo, vistiéndose de prisa—¿como he dormido tanto cuando siempre me levanto temprano? Pero sin duda ha sido por la fatiga y el cansancio de ayer, y mi falta de costumbre en viajar, por lo que me he quedado dormida. Gracias á Dios, que he descansado y me encuentro repuesta. ¿Estará todavia dormida Isabel?—y al decir esto entró de puntillas en el cuarto de su querida prima.

La querida prima corria en aquel momento por los prados y bosques inmediatos á la quinta. Se habia levantado al ser de dia, y habia manifestado el deseo de visitar los ganados y tomar su primer desayuno á la sombra de los árboles. Las Sras. Lerins y Bryans, que eran madrugadoras, habian felicitado á la jóven, y se habian apresurado á llevarla por el campo. Una criada las habia seguido, y ha-

biendo ordeñado una vaca de las que por allí pastaban presentó vasos de leche á las señoras. Isabel migo en el suyo un pedazo de pan moreno y comió con el apetito de una pastora. Las señoras la miraban sonriéndose, y se felicitaban en voz baja de tener una hija tan encantadora, por que ambas le daban ya á Isabel el nombre de hija.

Entre tanto tomaba Matilde una taza de leche en el comedor, oyendo á la cocinera, que le decía:

—Las señoras han salido muy temprano, y como estabais durmiendo no han querido despertaros.

—Pues en la inteligencia de hallarme sola —pensó Matilde— voy á trabajar un poco de relojería. Esto será mas útil que pasear por el campo, y si no me ocupo durante mis vacaciones, mamá se encontrará muy apurada á mi vuelta..

Serían las diez cuando volvieron las señoras de su paseo. Matilde corrió á su encuentro y les dió un abrazo.

—Buenos dias, querida niña—le dijo su tia—¿como estás hoy? Siento que no hayas venido con nosotras por que hemos dado un paseo delicioso; pero dormias con tanta tranquilidad, que no tuve valor para despertarte. Nos hemos detenido bastante, por que le hemos enseñado á Isabel los ganados y las casas del pastor, del guarda y del encargado de la pesca; pero no tengas celos, mi querida Matilde, por que esta tarde, así que comamos, daremos un paseo mas agradable aun: iremos embarcadas á ver la cascada del Doubs y el lago de Cailleson.

—Oh! que divertido será eso; y que buena sois querida tia, en variar así nuestros placeres!—exclamó Isabel.

Hermosa—le dijo la Sra. Lerins, que desde aquella mañana llamaba así á su querida sobrina—no me dés las gracias, por que ahora es á la pobre Matilde, á quien quiero complacer.

—Se le ofrecen á Matilde las distracciones, y es esta dulce Isabel la que manifiesta su reconocimiento—pensó la Sra. Bryans.

Así que cayó un poco el sol, se embarcaron las cuatro señoras, y un remero colocado en la proa conducía el esquife por la corriente del agua, que en aquel sitio no tenía mucha rapidez. A medida que avanzaba el barco se iban acercando las montañas de ambas orillas, y el Doubs tomaba la forma de un estanque, pareciendo que la aproximacion de las montañas cerraba toda salida. No se veia mas que el cielo, el agua de color verdoso y las alturas de los montes, que encajonaban el rio por ambos lados. Era un espectáculo conmovedor, que hubiera inspirado ideas melancólicas, si el lago no estuviera surcado por ligeras barcas llenas de curiosos que venian á contemplar aquel sitio tan extraño y sorprendente. Sus alegres voces despertaban los ecos de las rocas, que repetían hasta siete veces sus cantos y su algazara en un lugar donde parecia que el hombre debia guardar un silencio respetuoso ante las severas y grandiosas bellezas de la naturaleza.

Tia—dijo Isabel con inquietud—hemos atravesado ya dos lagunas de las que forma el rio y he oido decir, que hay que detenerse en

cierto lugar de la tercera so pena de ser arrastrados por la corriente y precipitados en la catarata. ¿Pensais que estamos todavia bastante lejos? Pero veo que la barca corre con mas velocidad, y se creería que va empujada por una fuerza oculta.

La Sra. Lerins se echó á reir, y volviéndose á Matilde le dijo:

—Y tú ¿tienes miedo?

—Si señora, un poco, y sin embargo pienso, que si hubiera peligro mandariais al barquero que volviera atrás. Además veo tres ó cuatro barcas que van delante de nosotros y no se detienen.

—Los jóvenes que van en ellas no saben tal vez, que corren un gran peligro—dijo Isabel cada vez mas alarmada.

—Tranquilizaos, mi querida niña, el peligro no existe mas que en vuestra imaginacion,—le dijo afectuosamente la Sra. Lerins.

—Os creo, mi querida tia, y con vos iria á todas partes con los ojos cerrados. Sin embargo permitidme que os cuente una historia, que verdaderamente hace temblar de miedo. Se dice que un dia varios alegres montañeses reunidos con ocasion de una boda, se paseaban en barcas por el lago.—Iban cantando y riéndose, y pasaron cerca de una cruz, que estaba entonces en medio de las aguas. Un momento despues fueron arrebatados por la corriente, y aunque hicieran fuerza de remos con la mayor energia, era ya tarde. El abismo los atraia y fueron lanzados en él, perdiéndose en el fondo del remolino. Al dia siguiente se encontró el ramo de azahar de la novia, todo lo demás habia desaparecido. Un

poeta que ha referido en verso esta trágica aventura, agrega que él también se paseaba un día por el lago de Chailleson, cuando de pronto se levantó el hombre que guiaba el barco, exclamando:—Ahí está la corriente—y tuvo la suerte de que aquel hombre fuera tan vigoroso, que à fuerza de remo pudo escapar del peligro que le amenazaba.

—Todo esto me asusta mucho—dijo Matilde mirando à la Sra. Lerins—pero os veo sonreír, tía, y de consiguiente creo que estamos muy distantes de ese temible sitio que debemos evitar.

—No, hija mía—contestó la anciana—estamos en el mismo sitio, en que los montañeses fueron arrastrados al abismo.

—¿Qué decís?—esclamaron las dos jóvenes; levantándose asustadas.

—Hijas mías, mirad hacia el lado, en que está la catarata, que no se vé todavía.

Aquel estrecho sombrío se había dilatado; las montañas no encerraban el agua del lago, y sobre las dos orillas se veían hermosos árboles y algunas casas de campo. Aparecían à flor de agua algunas piedras húmedas, cubiertas de musgo, y plantas acuáticas: algunos sitios del lago estaban enteramente secos.

—¿Con que no hay ya—dijeron las dos jóvenes;—ni lago, ni corriente, ni mas que unos charcos? ¿Esa terrible corriente no existe? ¿Es un mito, una fabula? Y la catarata ¿dónde está?

—Muy cerca de aquí—contestó la señora Bryans—Respecto à la corriente, existe realmente en tiempo ordinario, pero por una casualidad singular las aguas están tan bajas en

este momento, que podemos pasearnos á pié por el mismo sitio, en que muchos imprudentes han encontrado la muerte.

Las jóvenes se echaron á reir, porque no esperaban este desenlace de la aventura, y les parecía muy raro pisar un terreno que en otro tiempo era un lago, á donde los más intrépidos no se atrevían á venir en barco. Por enmedio de los charcos y de las yerbas húmedas corrían alegremente algunos muchachos descalzos de pié y pierna. Una jovencita rubia estaba sentada junto á la catarata: para resguardarse de los rayos del sol se habia hecho un adorno de cabeza con grandes hojas verdes; y parecia pensativa, porque tenia apoyada la frente en su mano,

—¿Eres tú la náya de este rio seco?—le preguntó Isabel riéndose—Y ¿lloras junto á tu catarata, que se parece si no lo llevas á mal, al pequeño torrente artificial, que tenemos en nuestro jardin?

La niña, como debe presumirse, no respondió pero cerca de ella se oyó una voz alegre que decia:

—¿No es verdad, señorita Isabel que el famoso salto del Doubs nos ha dado chasco? El Sr. Federico me habia contado maravillas, y ahora para escusarse me habla de la sequedad y de la falta de agua. ¡Buena está la sequedad! Pero si la cascada vale mucho menos que su reputacion, en cambio las lagunas ó estanques son magníficos. Este lago encerrado por altas montañas es una cosa magnífica. Su nombre proviene de las rocas que le rodean. Chailleson en lengua céltica significa «Roca del Lago.» Pero sin duda estareis admirada

- de encontrarme aquí; y debeis saber que es el Sr. Federico el que ha querido traerme á casa de su tia. No creo que esteis aquí sola, señorita Isabel; y en efecto ya veo á vuestra linda prima y á las señoras... Sr. Federico acudid, acudid pronto; aquí están vuestra tia y vuestra mamá.

Mientras que la pobre Isabel se quedaba sobrecogida y sin poder articular una palabra junto al Sr. Bernard, el jóven Federico corria á echarse en los brazos de la Sra. Bryans á quien llamaba su querida madre, y besaba la mano á la Sra. Lerins, llamándola su buena tia. Saludó despues á las dos jóvenes y les preguntó, si todavía sentian las molestias del viaje.

Despues de cambiados los primeros cumplimientos, la Sra. Bryans encontró el medio de separarse un poco con su hijo, y le preguntó como admirada:

—¿Conoces tú á estas señoritas?

—Sí, mamá; las encontré casualmente en la estacion de Besançon, y así que supe quienes eran, rogué á nuestro amigo Bernard, que me introdujera en el coche en que ellas iban sin nombrarme.

—¿Cómo, sin nombrarte?—repitió la señora Bryans en tono de reconvencion.

—Perdonadme mi buena madre; he aprovechado la ocasion, que se me presentaba para conocer un poco el carácter de estas lindas jóvenes. Era tan uatural que yo pensase así, cuanto que vos y mi tia tambien deseais, que me case con una de estas señoritas..., suponiendo que la una ó la otra estuviesen conformes en aceptarme por marido, agregó riéndose.

—Y tu eleccion está fijada en Isabel, ¿no es así?—repuso la Sra. Bryans con viveza.

—Mi eleccion está fijada en Matilde, madre mia; y Matilde será la que deseareis tener por hija, así que la conozcais mejor — contestó el gravemente.

Entretanto, Isabel inclinada sobre la catarata echaba algunas flores del campo en la corriente y las miraba perderse en el fondo del abismo.

—Así ha sucedido á mis proyectos decía para sí Isabel—están completamente destruidos, y es inútil que yo continúe luchando porque estoy vencida.

Algunos meses despues tuvo efecto el casamiento de Federico con Matilde en la Iglesia de la Magdalena en Besançon. Fué una brillante ceremonia cuyo recuerdo guardaron por mucho tiempo los fabricantes de relojes y sus operarios.

Lo que decidió á Federico Bryans á favor de Matilde fué la caridad con que ella se prestó á tener en sus brazos al niño pobre, que se habia lastimado. No le repugnó su pobreza ni su falta de aseo, que fué lo que impidió á Isabel hacerse cargo de él.

FIN.

11

11